

## AYUDAS PARA LA HOMILÍA

Estas notas para la homilía se proporcionan para ayudar a los sacerdotes y diáconos a llevar el mensaje de la misericordia infinita de Dios a sus feligreses. Aunque se basa en gran medida en las lecturas del Domingo de la Divina Misericordia el 19 de abril de 2020, estas notas se pueden usar en cualquier momento; por ejemplo, durante un Ejercicio de oración por el perdón y la sanación.

Una referencia pasajera al aborto permite a los feligreses que sufren por su participación en un aborto saber que la misericordia de Dios está a su alcance. Para la edad de 45 años, hasta 1 de cada 3 mujeres ha tenido un aborto, y un número similar de hombres y familiares se han visto involucrados. Muchas de las personas presentes en nuestras parroquias creen erróneamente que el aborto es “el pecado imperdonable”. Ellas deben escuchar que Dios desea perdonar todo pecado, incluido el pecado del aborto.

Además, en el apéndice se pueden encontrar **Pautas homiléticas para la sanación después del aborto**.

Los dirigentes de otros ministerios pueden también usar estas reflexiones para ayudar a difundir el mensaje de Cristo de la Divina Misericordia, como en un estudio bíblico sobre las lecturas semanales del domingo, en un grupo pequeño o en un entorno de formación en la fe, o como parte de cualquier otra reunión de ministerio apropiada.

### Domingo de la Divina Misericordia | 19 de abril de 2020

**Primera lectura: Hechos 2:42-47**

**Salmo responsorial: Salmo 117:2-4, 13-15, 22-24**

**Segunda lectura: 1 Pedro 1:3-9**

**Aclamación del Evangelio: Juan 20:29**

**Evangelio: Juan 20:19-31**

Cada año, el Segundo Domingo de Pascua –último día de la Octava de Pascua– la Iglesia celebra el Domingo de la Divina Misericordia. En este día, contemplamos la plenitud del Misterio Pascual: la Pasión, muerte y Resurrección de Cristo. La base de todo el Misterio Pascual es el amor misericordioso de Dios. Desde el principio de la creación, a lo largo de la Sagrada Escritura, y de la manera más perfecta en la vida, Pasión, muerte y Resurrección de su Hijo, Jesús, Dios ha sido revelado como el amor mismo. En su amor infinito por nosotros, Dios no desea nada más que perdonar nuestros pecados y ofrecernos su misericordia.

La necesidad que tiene nuestro mundo del mensaje de la Divina Misericordia cobró una nueva urgencia en el siglo XX. Fue durante esta época que el mundo presenció el surgimiento del nazismo y el comunismo y sufrió los horrores del mundo en guerra. La civilización estaba perdiendo la comprensión de la santidad y de la dignidad inherente de cada vida humana.

Cuando estas ideologías malvadas se fueron formando,

Jesús se apareció a una humilde monja polaca, a quien conocemos como santa María Faustina Kowalska. Mientras Jesús seguía apareciéndose a santa Faustina, ella registraba los mensajes que recibía en su *Diario*. En una de esas ocasiones, Jesús dijo a santa Faustina:

*Hija Mía, habla al mundo entero de la inconcebible misericordia Mía. Deseo que la Fiesta de la Misericordia sea refugio y amparo para todas las almas y, especialmente, para los pobres pecadores. Ese día están abiertas las entrañas de Mi misericordia. Derramo todo un mar de gracias sobre las almas que se acercan al manantial de Mi misericordia (Diario 699).*

Jesús se apareció a la humilde Faustina y pidió que celebremos el don de su misericordia hoy. Nuestra celebración de esta Octava de Pascua es una celebración de la misericordia y el perdón que ahora están al alcance de todos nosotros, en virtud de la Resurrección de Cristo. Sólo tenemos que correr hacia los brazos extendidos de Cristo.

La primera lectura nos dice que los fieles en la Iglesia en sus inicios “eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hechos 2,42). Ya en esos primeros días de la Iglesia vemos que los seguidores de Cristo se dedicaban a la oración y participación en los Sacramentos. La manera en que vivían sus relaciones con Cristo ayudaba a otros a encontrarse con él y a recibir la salvación: “Y el Señor aumentaba cada día el número de los que habían de salvarse” (Primera lectura, Hechos 2,47).

Para salvarnos, primero debemos admitir que necesitamos ser salvados. Si bien Dios no quiere nada más que darnos



su misericordia, para recibirla tenemos que admitir que somos pecadores que necesitamos el perdón de Dios. Debemos estar dispuestos a ver las maneras en que hemos fallado en amar a Dios y a nuestro prójimo, para que Dios pueda elevarnos a las alturas de su amor por medio de su gran misericordia.

Pues, como escribe el salmista, “*Su misericordia es eterna*” (Salmo responsorial, Salmo 117,2). A menudo podemos sentir que no somos dignos del amor y la misericordia de Dios. Podemos engañarnos a nosotros mismos creyendo que la misericordia de Dios es para todos los demás. Podríamos creer las mentiras del Maligno al tratar de convencernos de que nuestros pecados son demasiado grandes, que nuestros pecados son imperdonables. Pero Dios desea tomar a los más grandes de los pecadores y transformarlos en los más grandes santos. Ningún pecado está más allá de su misericordia. Él hace “*nuevas todas las cosas*” (Apocalipsis 21,5).

Recordemos las palabras de la segunda lectura que bendicen a Dios “*por su gran misericordia, porque al resucitar a Jesucristo de entre los muertos, nos concedió renacer a la esperanza de una vida nueva, que no puede corromperse ni mancharse y que él nos tiene reservada como herencia en el cielo*” (1 Pedro 1,3-4).

Sin importar cómo hayamos fallado, la Resurrección de Cristo es una garantía de esperanza. La misericordia de Cristo está constantemente a nuestro alcance, si tan sólo nos acercamos a él con fe y confianza.

En el Evangelio, escuchamos la historia de la aparición de Jesús a los discípulos después de su muerte. Jesús se llega a ellos y expone las heridas de sus manos y su costado, las heridas que sufrió por nuestra salvación. Y mientras el Señor resucitado se encontraba en medio de ellos, las primeras palabras que les dijo fueron, “*La paz esté con ustedes*” (Juan 20,19).

Muchos de estos discípulos habían abandonado a Jesús durante su Pasión. Durante el momento de mayor necesidad de Cristo, se dispersaron, dejando a Jesús solo en su sacrificio. Muchos podrían pensar que lo que los discípulos habían hecho era imperdonable. Sin embargo, Jesús se les aparece y les ofrece su *paz*. Y luego sopló sobre ellos y les dio el poder de perdonar el pecado, de extender la propia misericordia del Señor.

Tomás no estaba presente cuando Jesús apareció, y se negó a creer a los discípulos cuando le dijeron que el Señor se les había aparecido. Tomás necesitaba ver para creer, y entonces Jesús regresó y se reveló ocho días después, en la Octava de Pascua. Jesús le mostró a Tomás sus manos y su costado, diciendo, “*no sigas dudando, sino cree*” (Evangelio, Juan 20,27).

¿Con qué frecuencia hemos dudado del Señor al igual que Tomás? ¿Cuántas veces nos hemos escondido temerosos, incapaces de soportar la vergüenza de nuestros errores y fallos? ¿Qué pecados hemos enterrado dolorosamente en nuestro corazón en lugar de exponerlos a la luz sanadora de la misericordia de Dios? ¿Hemos fallado en confesarnos y buscar la reconciliación por los pecados de adulterio, violencia, odio o participación en un aborto? ¿Hemos rechazado las enseñanzas de la Iglesia sobre la anticoncepción, la sexualidad o el matrimonio? ¿Hemos endurecido nuestro corazón, entregándonos a la envidia, la codicia o la deshonestidad?

Ningún pecado es imperdonable, y ningún pecador está más allá de la redención. Todos hemos fallado y necesitamos la misericordia de Dios. Es por esta razón que Cristo sufrió, murió y resucitó. Cristo vino a ofrecernos su infinito amor y misericordia, y podemos recibirlo en el Sacramento de la Reconciliación.

Cuando entramos al confesionario y buscamos el perdón de Dios, Cristo, de alguna manera, sopla sobre nosotros como lo hizo con los discípulos, limpiando nuestros pecados y ofreciéndonos su paz. No tenemos que escondernos en el temor o la vergüenza. La misericordia de Cristo se da gratuitamente a un corazón arrepentido. Él nos revelará las heridas salvadoras de sus manos y sus pies. Él quitará nuestro dolor y lo reemplazará con su paz. Y al recibir el don de su Divina Misericordia, que exclame nuestro corazón las alegres palabras de Tomás: “*¡Señor mío y Dios mío!*” (Evangelio, Juan 20,28). Que “*no sigas dudando, sino cree*” (Evangelio, Juan 20,27).

San Juan Pablo II, que canonizó a santa Faustina, dijo en su homilía de 2001 para el Domingo de la Divina Misericordia: “*¡La misericordia divina! Este es el don pascual que la Iglesia recibe de Cristo resucitado y que ofrece a la humanidad*”. Hoy celebramos el don pascual del amor misericordioso y eterno de Dios por todos sus hijos. Esto está en el corazón del Evangelio. Nunca dejemos de buscar la misericordia que Dios desea darnos gratuitamente. *Jesús, confiamos en ti.*

iStock.com/TatianaDavidova; iStock.com/PaoloGaetano. Fotos utilizadas con permiso. Todos los derechos reservados. María Faustina Kowalska, *Diario: La Divina Misericordia en mi alma*, 3ª ed. rev. (Stockbridge, MA: Marian Press, 2007), 699. Usado con permiso de los Padres Marianos de la Inmaculada Concepción de la S.V.M. Todos los derechos reservados. Extractos bíblicos de los *Leccionarios I, II y III*, propiedad de la Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica de la Conferencia Episcopal Mexicana, copyright © 1987, quinta edición de septiembre de 2004. Utilizados con permiso. Todos los derechos reservados. Extractos de Papa Juan Pablo II, *Homilía (22 de abril de 2001)* © 2001, Libreria Editrice Vaticana. Utilizados con permiso. Todos los derechos reservados. Copyright © 2019, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Todos los derechos reservados.